

Respuesta al comentario de Emilio Ribes

Response to Emilio Ribes' Comment

Josep Roca i Balasch

En el intercambio de opiniones antes de redactar Emilio Ribes su comentario y yo mi respuesta, habíamos hablado de comentario y de réplica al comentario. De todas maneras he escogido la palabra respuesta porque indica mejor que se trata de un comentario en respuesta de otro y no de una réplica; la palabra réplica tiene la connotación de oposición y no es el caso. Creo que el comentario escrito por el profesor Ribes ofrece un conjunto de consideraciones que invitan más a tenerlas en cuenta que a ser beligerante con ellas. Como si fuéramos filósofos peripatéticos en el Liceo de Aristóteles, me atrevo a responder con otros comentarios...

En estos días en que parece que se ha descubierto el lugar donde estaba el Liceo de Aristóteles en Atenas puede ser interesante aquella referencia. Pero lo es no tanto por el hecho del descubrimiento físico sino por ese "como si fuéramos", ya que hablar en estos términos puede resultar sugerente.

El "como si" nos hace ver que no somos ni podemos ser aquellos filósofos que caminaban alrededor del patio ateniense y *no lo podemos ser de ninguna manera*. Digo esto para enfatizar, especialmente, una consideración general que deseo realizar: la de que las palabras que fueron dichas no es posible decir las ahora, ¡ni tan siquiera cuando son las mismas! Creo que es necesario referir el hecho que una palabra tiene sentido en un contexto y su utilización —aunque sea textual— no puede llegar a significar nunca lo mismo que significó. Desde la existencia de contexto social y científico de la Atenas de Platón y Aristóteles hasta el mismo devenir del discurso o la lección que se realizaba, todo hace que ahora sus palabras tengan unas denotaciones y unas connotaciones que se nos escapan aunque se procure una contextualización histórica máxima. En todo caso ello no hace sino enfatizar la idea que cada palabra tiene su sentido denotativo y connotativo en un determinado momento socio-científico.

El "como si" también nos hace ver que, en realidad, no queremos ser aquellos filósofos ya que nuestro momento histórico nos obliga a tomar en consideración nuevos conceptos y nuevos datos que suponen una reconsideración de los fenómenos naturales e incluso de los mismos fenómenos de los que —presumiblemente— estaban hablando aquellos filósofos; de hecho cabe constatar que somos psicólogos y no filósofos los que estamos hablando y esto ya nos hace hablar de otra manera. Esta es, sin duda, una cuestión fundamental que la resumiría en una frase: *el conocimiento es siempre una empresa actual*. En este sentido creo que hay que desconfiar de los que creen que se puede llegar a decir lo mismo que quisieron decir otros. Simplemente, no es posible. Ni en apoyo a lo que uno quiere decir ni en contra de lo que dijeron otros es posible que una cita justifique el mensaje actual ya que las palabras —al nivel que estamos hablando— sólo son indicios para una mejor orientación respecto de los fenómenos.

Lo que es posible, en cambio, es utilizar lo que otros dijeron para *actualmente* hacer una aportación conceptual. Esta consideración creo que encaja muy bien con aquella idea de los empiristas ingleses que refiere Turbayne (1962/1974), los cuales decían que las palabras eran el dinero de los tontos y las monedas de los sabios... En lo que estamos interesados es en construir un cuerpo teórico para la psicología que sea sólido y que permita una producción teórica útil a la sociedad actual y, en ese empeño, utilizamos las palabras como *utensilios* de una interpretación renovada de los fenómenos psicológicos o naturales, en general. No interesan las palabras mismas sino su uso indicativo en una nueva aproximación a los fenómenos en los que estamos interesados. Así es como me gustaría que se tomasen las palabras utilizadas en mi artículo: como indicios en una interpretación actual de los fenómenos psicológicos. Si se me permite me gustaría decirlo de otra manera, corta y tajante: a nivel de teorización científica la irreverencia con las palabras es una garantía de su buena utilización.

Un buen peripatético podría argumentar que la irreverencia tiene un peligro que es el de confundir. Sin embargo, se puede argumentar que la irreverencia es buena y contribuye al conocimiento cuando las palabras se han utilizado *en correspondencia* con fenómenos y se ha partido de un análisis y teorización actual de los fenómenos psicológicos para usarlas como indicios. Esto es lo que se ha procurado en el trabajo de referencia. No se ha buscado la definición en un contexto original del término sino en correspondencia con unos fenómenos que pueden ser reconocidos por cualquier psicólogo o científico actual. Así por ejemplo, el concepto de "movimiento" se reconoce como inicialmente ligado al desplazamiento pero se le usa como denotando el carácter dinámico de lo natural. Igual sucede con el concepto de "asociación". Que este concepto se utilizara en una concepción dualista y mentalista no es inconveniente para tomar de él su expre-

sión de relación y utilizarlo en un contexto comportamental. Así podría proceder con otros conceptos mencionados en el comentario respecto de los cuales se reconoce un uso distinto anterior pero que luego se les define en el nuevo contexto conceptual. De hecho esto es lo que se ha hecho siempre; piénsese sino en el concepto de "conducta" que inicialmente significa maneras de proceder con relación a las reglas de la moral, o piénsese en el concepto de "función" que en el lenguaje fisiológico significa ejercicio de un órgano y en el mecánico significa movimiento de una máquina. Ni qué decir tiene que estas palabras son de uso corriente en la psicología llamada precisamente conductual pero que han adquirido un sentido distinto en el contexto nuevo en el que se les ha utilizado.

Ahora bien en el uso metafórico de las palabras hay un criterio normal y conveniente que es el de la analogía: utilizar palabras próximas en significado a lo que uno quiere referir es mejor que utilizar palabras alejadas. En este sentido los conceptos aristotélicos parecen más convenientes que otros y lo son porque están más próximos al pensar comportamental o conductual de la ciencia actual. La vida no es un nombre, es un verbo, leía hace poco en una entrevista a unos biólogos. La mente no es un nombre, es un verbo; podríamos añadir nosotros con simpatía. ¿No son estas expresiones nuevas de un pensar que antepone el cambio a la extensión? Al decirlas estamos marcando pautas teóricas que acercan un pensar a otro sin límites históricos, y es entonces cuando se justifica que usemos todos —irreverentemente pero con simpatía teórica— conceptos aristotélicos o de cualquier otro autor. Se podrá argumentar, en algunos casos, que las palabras están contaminadas y que arrastran malentendidos. Entonces se debería afirmar nuevamente que los malentendidos surgen de la consideración ingenua de las palabras y que la consideración de utensilios para el conocimiento permite reconocer su contaminación pero también lo que tienen de denotación o connotación pertinente al discurso que se está desarrollando actualmente.

Entiendo que la reflexión general sobre el uso de las palabras es la más adecuada como respuesta al comentario de Ribes. No voy a entrar, por ello, en temas más concretos que se plantean y que —evidentemente— son de un gran interés. Sin embargo, en estos temas concretos lo relevante ya no son las palabras sino su uso en correspondencia a fenómenos y datos concretos que es lo que realmente interesa para justificar su utilización. Esto es lo que se ha pretendido realizar en trabajos citados en mi artículo al que sólo añado el de Roca (1996) por ser la versión en castellano de la que allí se cita en inglés.

Antes de terminar quisiera hacer una consideración general sobre dos aspectos de la "historia" de la psicología interconductual que valoro muy particularmente desde que me interesé por el llamado modelo de campo a finales de los setenta y que están relacionados con el comentario de Ribes. El primero es relati-

vo al uso del concepto de "psique", y el segundo al tipo de actividad que conviene realizar actualmente en nuestra disciplina.

Respecto del primero, he de decir que siempre me impresionó el que Pavlov no quisiera llamar psicología a lo que él hacía. Según parece era una conducta de evitación para que no le identificaran con la psicología subjetiva y mentalista. La referencia de Ribes a la obra de Razran (por cierto que voy a releer este autor que siempre me ha resultado sugerente, a raíz de lo que se dice en el comentario) me hace pensar en el enorme potencial explicativo del condicionamiento y su marginación de los contenidos de la psicología oficial actual. Parte del problema reside —creo yo— en la automarginación de los "reflexólogos" y los conductistas del proyecto global de explicar lo que es la psique, precisamente por lo que tiene de connotación mentalista el uso de este término. La pregunta es: ¿somos psicólogos o somos conductólogos?. Yo creo que somos psicólogos y en este sentido lo que hay que hacer es volver natural y actual el uso de los términos psique, psíquico e, incluso, psiquismo. Lo mismo cabría decir del término mente que va más ligado al idioma inglés y que no tiene un significado tan general ni comprensivo como el de psique. Cuando decimos que la psique o la mente es comportamiento o es acción estamos haciendo esto: volver natural lo que tiene y ha tenido una connotación trascendentalista y hasta espiritista. Pero este es nuestro trabajo. No hacerlo significa dejar que otros sigan manteniendo una concepción inadecuada de lo psíquico o lo mental. Alternativamente, decir que los psicólogos estudiamos "la conducta" no tiene mucho sentido ya que todas las ciencias estudian conducta y no es lógico ni apropiarse del término genérico ni dejar de adjetivar *esa* conducta. Todavía es peor dejar indefinida la conducta permitiendo que se confunda con la acción motriz —con la respuesta— de un organismo o como la interacción inespecífica —cuando no también motriz— entre ellos. En todo caso, hay que admitir que la definición de la psicología como estudio de la conducta no ha servido al interés superior de construir una teoría psicológica aceptable en el universo científico y cultural actual. La contraposición de conducta a mente o psique no ha servido, en mi opinión, para mucho. Tampoco está sirviendo para mucho —dicho sea de paso— la contraposición de acción a cognición que se realiza dentro de la llamada Psicología Ecológica (Still y Costall, 1991; Costall y Leudar, 1996). En ambos casos, por decirlo así, se ha dejado intacto al sujeto; y mientras no se "borre" al sujeto de la conceptualización psicológica no habrá —a mi entender— una definición aceptable científicamente de los fenómenos psicológicos. En efecto, se sigue hablando de la conducta *de* un organismo o de la acción *de* este. Pero la cuestión es que lo que llamamos mente o psique no es la acción o la conducta de un organismo sino una afección —una forma de organización funcional o un movimiento cualitativo diferenciado— que lo define y que involucra todo lo que po-

demos identificar como organismo y medio, en un orden dinámico diferenciado respecto de los órdenes físico-químico, biológico o social. Por eso, el uso de la palabra movimiento —psicológicamente hablando— no es sinónimo de acción ni de conducta; es sinónimo de forma de organización funcional.

Una cuestión complementaria a esta es que sólo con el concepto de movimiento no hay bastante para definir los fenómenos naturales, en general, ni psicológicos en particular. El concepto de movimiento —en el sentido propuesto— se mueve dentro de la categoría lingüística de acción y nos introduce en una concepción de lo natural que acepta plenamente la existencia de lo psicológico. El concepto de causa, en cambio, permite mostrar el carácter interdependiente de todos los fenómenos naturales con lo que —nuevamente— lo psicológico deviene integrable a ellos y deviene también aceptable al cuerpo de conocimientos de la ciencia en general. Esta es, evidentemente, la tesis del manifiesto.

El segundo aspecto, no es ni una respuesta ni un comentario respecto de lo que hemos escrito en este intercambio de pareceres académicos. Es más bien la constatación de un deseo para seguir dialogando; es como si fuera la conclusión resignada de un andar peripatético. Me refiero a la convicción que el trabajo teórico en psicología es prioritario y que, no obstante las limitaciones de cada cual y el panorama "mediático" que nos rodea, es el que hay que intentar una y otra vez. Así que, amigo Emilio, yo también hago votos por la producción y la discusión académica de estos temas en general y, particularmente, en este claustro de diálogo que es *Acta Comportamentalia*.

REFERENCIAS

- Costall, A., Leudar, I. (1996). Situating Action I: Truth in the Situation. *Ecological Psychology*, 8, 101-110.
- Roca, J. (1996). Desarrollo y causalidad. En S.W.Bijou y E. Ribes, *El desarrollo del comportamiento*. Guadalajara (México): Universidad de Guadalajara, (p. 9-29).
- Still, A. Costall, A. (Eds.) (1991). *Against Cognitivism*. Hemel Hempstead, England: Harvester-Wheatsheaf.
- Turbayne, C.M. (1962/1974). *El mito de la metáfora*. México: Fondo de Cultura Económica.